

Versaciones de un chupaplumas

Dejando,

[1]



no por olvido como entonces el paraguas ella sino inocentemente y en la seguridad de que a la vuelta me lo encontraría todo tal y como quedaba, la carpeta con los papeles abierta sobre la mesa y expuesto — el hecho — con toda la ingenuidad y absoluta falta de doblez con que se muestra.



Yo había considerado¹ la eventualidad de que aconteciese, porque por qué no, alguno de esos accidentes — o *incidentes*, mejor, habida

cuenta de que ni esperé ni deseé en ningún momento que la situación tuviera ni mucho menos que, una vez dejada de lado la peregrina idea de que aquella esbelta y temperamental mujer del pelo largo hubiese hecho su aparición con el oscuro propósito de organizar un escándalo sacando a relucir que alguno de los Ramírez hubiese sido alguna vez su amante, llegar a ser calificada de “crítica” o “extrema” — domésticos que (ya por la ruptura de la inercia que por sí mismos y pese a su tan frecuentemente extrema pequeñez acarrear, ya porque como suele suceder en tales casos se enzarzara la familia en una discusión dirimiendo quién de entre todos los presentes había sido el culpable) fuerzan a que la atención del observador se desvíe y, ahí, en ese pequeño revuelo de forcejeos o desviaciones² entre si el café con leche lo derramó sin querer el abuelo o adrede — y porque yo no le fuera simpático o tuviese ganas de hacer enfadar a la abuela, por chingar, simplemente³ — el menor de los nietos, aprovechar yo la coartada

¹Para decirlo todo y que no pueda caber ni aun al más avieso de los lectores la sospecha de que estuviese acariciando la posibilidad de tenderle cualquier tipo de trampa.

²Porque cuando se entra en la dinámica de dejarse arrastrar por el vicio de tratar de eludir la responsabilidad propia echándose las culpas unos a otros se termina con una facilidad prodigiosa — que a mí me podía beneficiar, y por eso tal vez (quizás un día me parase a analizarlo) lo maquiné así — por perder el norte y llegar al extremo de desbarrar levantando la insidiosa e infame calumnia de que la desviación era de carácter sexual y, en consecuencia y habida cuenta que los niños eran demasiado pequeños, la amante había sido (para pensar ni por un momento en la señora de Ramírez madre había que ser demasiado ambicioso) nada menos que la propia Sonia.

³Que también lo pensé sospechando que, como los niños pequeños y mimados suelen ser absorbentes y egocéntricos y éste estaba tan encariñado con el abuelo, pudiera muy bien estar teniendo celos (pese a que ella, a su vez, lo adoraba) de la abuela.

Versaciones de un chupaplumas

Dejando,

[2]

para alegar ante mi amigo que qué lástima pero *y mira que lo lamento en el alma* los papeles habían quedado del todo ilegibles...

Pero ahora, con el nuevo giro que el percance del edredón daba a la historia, el chiquillo (poniéndose ya la trenca y el gorro y la bufanda para ponernos en camino) quedaba incapacitado para la acción a la que yo lo tenía destinado y los folios, en consecuencia, intactos y perfectamente legibles pero del todo inutilizables y, todo ello, todo el enorme desaguizado, por culpa de una vecina que irrumpió, sin haber sido invitada y metiéndose en lo que no era de su incumbencia, en el ambiente apacible y tranquilo del cuartito de estar (con sus cortinas de cretona floreadas) del piso (tercero sin ascenso) de los Ramírez.

Mi amigo dice entonces que es que esa no es una forma sensata de proceder porque, si la del edredón que chorreaba no era la desenvuelta del pelo largo, el detalle de las cortinas de cretona se puede eliminar e, incluso, al bloque de edificio en que moran los Ramírez se le puede poner ascensor (a lo mejor hasta de subida y bajada); y que, en tal caso, el niño pequeño se quedaría en casa, es más, nos quedaríamos todos en casa y todos, en consecuencia, perfectamente capacitados para — la frase siguiente la pronuncia mi amigo con evidente amargura — “echar a perder los putos folios, que parece que estuvieras obsesionado por cargártelos”.

Y que “¡joder!”; dice también.